

EL ESPEJO DE LAS IDEAS

Diversión y conversión

Eduardo Garza Cuéllar

Para Jorge Font,
con quien me convierto

► —¡Silencio, que nadie ha venido aquí a divertirse!

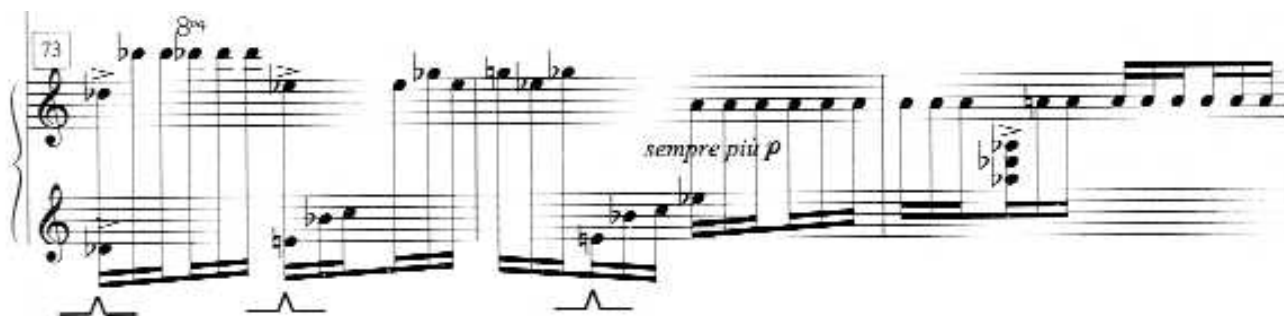
Un viejo aficionado en la plaza de toros de Sevilla no pudo soportar a un par de niños que corrían y gritaban a su alrededor.

¿Entonces, a qué se va a los toros? Casi cualquier contemporáneo podría preguntárselo, dado que la diversión es cada vez más una de las aspiraciones fundamentales de nuestra gente y de nuestro tiempo.

Los niños en la escuela valoran un día de clases en la medida en que les resulta divertido. Los padres de familia nos esforzamos por organizar fines de semana divertidos para nuestros hijos. Los profesores universitarios se ven crecientemente presionados por divertir en sus clases. A los consultores de empresas nos piden que nuestras conferencias y talleres diviertan. La industria del entretenimiento gana año con año espacios, capitales e inversionistas. La posmodernidad ha generado, quizá por primera vez en la historia, profesionales de la diversión, que son como los ministros de un nuevo culto.

A los ojos de la nueva religión el aburrimiento es un pecado. Éste se convierte en una expresión contemporánea del mal, en una especie de demonio postmoderno que todos quisiéramos exorcizar.

Pero, paradójicamente, en la medida en que nuestra obsesión por la diversión crece, el aburrimiento se posiciona como uno de los rasgos fundamentales de nuestra vida cotidiana y de nuestra cultura.



Parece que nos aguardara en otro momento del día, de la semana o de la vida, que nos persiguiera como una maldición, que fuera una sombra que difícilmente pudiéramos arrancar de nuestra vida.

Podemos pensar incluso que en la medida en que nos esforzamos por divertirnos, alimentamos el aburrimiento futuro; que éste termina siendo del tamaño de aquélla; que nos acecha vengativamente, como un castigo o como una maldición; que estamos hablando de las dos caras de una moneda perversa: de un círculo vicioso. Soportamos un trabajo enajenante sostenidos por la promesa del final de la jornada. Pero cuando éste llega, la energía suele alcanzarnos tan sólo para preparar el siguiente día laboral.

Imaginamos entonces el fin de semana, que promete siempre divertirnos, que lo logra en ocasiones pero que normalmente, el domingo por la tarde, nos deja deprimidos.¹

Nos queda el consuelo de las vacaciones. Pero, ¿debe la realización de una vida medirse por sus tiempos de excepción? ¿No se trata acaso de un ideal difícil de sustentar y de admirar? ¿No son acaso unas



¹ Víctor Frankl, padre de la logoterapia y del análisis existencial, consideraba a la *neurosis dominical* un síntoma inequívoco de la neurosis noogena, esa falta de sentido que constituye a su juicio la enfermedad fundamental de nuestro tiempo. Cfr. Víctor Frankl, *Ante el vacío existencial*, Herder, Barcelona, 1987, o bien Víctor Frankl, *El hombre doliente*, Herder, Barcelona, 1990.

divertidas vacaciones la zanahoria que hace tolerable nuestra enajenación laboral y que, además, no siempre ofrece lo que promete? ¿Es acaso la enajenación vacacional directamente proporcional a la laboral?

He conocido trabajadores que al llegar a la jubilación —en un mundo que confunde el empleo con el trabajo— perdieron el último soporte que daba sustento a su existencia.

El sueño de toda una vida dedicada al trabajo² —una especie de diversión sin fin— había llegado, disponían finalmente del tiempo que por tantos años habían *aborrado*,³ pero, aun en los casos en que su salud y sus finanzas se los permitían, no supieron ya qué hacer con él.

Todo esto nos lleva a sospechar que la diversión y el hastío son dos momentos de un mismo proceso nefasto, que en la medida en que nos esforzamos por oprimir

el enajenante resorte del aburrimiento lo hacemos surgir después, con mayor fuerza; que el esquema de vida que promete desintoxicarnos, nos intoxica.

¡Qué diferente a esta lógica perversa es la sabiduría judía del jubi-

leo, la del día del Señor, la que cada siete años invitaba a los que trabajaban la tierra a renovarla —y a renovarse— en el descanso, la que propone a los comerciantes perdonar a sus deudores e invita a las comunidades a reinventarse en la reconciliación y en el perdón!

¿Pero dónde estriba la diferencia entre un círculo virtuoso y uno vicioso en el manejo de nuestro tiempo?

Desde mi punto de vista la clave se encuentra precisamente en *el sentido*, en el significado humano que logramos imprimirle a nuestro actuar, tanto en lo cotidiano como en lo extraordinario: en preguntarnos no tanto cuándo descansar, sino si nuestro quehacer nos significa verdaderamente.

Michel Tournier encuentra en el corazón una clave para entender la manera como los creadores, esos que nunca parecen tomar vacaciones, descansan:

Pensemos en el corazón. Siempre hay que pensar en el corazón. Los músculos de nuestro cuerpo necesitan de

² Viene bien recordar que la desgracia de los trabajadores, así como su ardiente necesidad de reposo y la vinculación trabajo-empleo no se dieron sino hasta la industrialización, misma que no deja de ser una novedad histórica.

³ Utilizo aquí la genial metáfora propuesta por Michael Ende en *Momo*. Los *hombres grises* son personajes que sostienen su fantasmagórica existencia a condición de alimentarse del tiempo que invitan a otros a ahorrar, haciéndolos creer que éste es susceptible de ser atesorado. Michael Ende, *Momo*, Alfaguara, México, 1995.

promedio unas ocho horas de sueño cada día para descansar. Sólo un músculo escapa a esta discontinuidad, el músculo cardíaco. ¿Quiere ello decir que no descansa? Muy al contrario, sin duda descansa más y mejor que todos los demás. El secreto del corazón consiste en que descansa durante la fracción de segundo que separa dos latidos.

Dicho de otro modo, su reposo, su sueño, sus vacaciones están pulverizadas e íntimamente ligadas con el trabajo.⁴

Es difícil imaginar a un escritor que deje de alimentar su proceso creativo en periodos vacacionales. Muchos autores no sólo terminan escribiendo *sobre* sus vacaciones o *en* sus vacaciones, sino que reconocen que el ocio constituye un elemento esencial de su proceso creativo. Es difícil también imaginar a un Mozart esperando ansiosamente la hora de salida para poder dejar de lado la composición de una sinfonía y salir a divertirse. Tampoco es fácil imaginarlo aburrido.

En el fondo —y mucho más allá de que vacacionemos como el corazón o como los demás músculos del cuerpo— parece que quienes logran hacer de su trabajo una vocación pueden ciertamente necesitar el descanso, pero no ansían compulsivamente divertirse.

Su testimonio sugiere que, mucho más allá de la diversión, un ideal digno de la vocación humana es el de *la conversión*.

La diversión es un viaje turístico que nos saca de nosotros mismos. La conversión nos invita a acceder al misterio de nuestra interioridad, a ser peregrinos. La una es pariente del vértigo, la otra del éxtasis.⁵

La diversión está orientada al relajo, necesariamente nihilista;⁶ la conversión, a la fiesta, cargada de identidad y de sentido comunitario. Mientras la diversión se alimenta de ruido y de evasión, la conversión se nutre del encuentro y el silencio. La una gusta de la mecánica comicidad, la otra del humor.

Quien se divierte va cada vez más rápido en pos de emociones cada vez más intensas (¿deberíamos decir *extensas*?) que lo dejan cada vez más vacío. Desea *entretejer* su existencia, ansía matar el tiempo, pero se termina, en mayor o en menor medida, suicidando.

¿Entonces, los creadores no descansan?

Lo hacen, por supuesto. Pero en función de su trabajo y su cansancio, que son también de diferente orden. No sólo descansan *como* el corazón, sino también *con* el corazón: no se lo quitan para descansar, como tampoco lo dispensan del trabajo. ~

⁴ Tournier, Michel, *Celebraciones*, El acantilado, Barcelona, 2002, p. 241.

⁵ Cfr. Alfonso López Quintás, *Cómo formarse en ética a través de la literatura*, Rialp, Madrid, 1994, pp. 40-42.

⁶ Cfr. Jorge Portilla, *Fenomenología del relajo*, FCE, México, 1984.

